

volúmenes de datos imprecisos y en la búsqueda, en ocasiones sesgada, de la neutralidad, de una objetividad aislada de la intuición y la compasión; así como la necesidad de las sociedades identificadas como desarrolladas de comunicar resultados y respuestas inmediatas sin tacto ni contacto, y, por tanto, carentes de la realidad que convoca y traspasa la presencia física del otro ante nuestros sentidos, dentro de la ya llamada: nueva era de la conectividad digital.

Ante todo ello, por ejemplo, la UE proyecta ser un continente climáticamente neutro asociándose con *Catalyst* de Bill Gates y desarrollando una economía completamente circular para 2050 basada en la secuencia: materias primas, diseño, producción, distribución, consumo con desperdicios mínimos, recogida de residuos y vuelta a empezar con el reciclado añadido a las materias primas. Sin embargo, no queda claro cómo dicha circularidad asume todos los cambios mínimos antes mencionados; sí parece que afronta con documentada determinación los originados por la explotación de nuestro planeta, pero ¿qué pasa con el resto? y ¿cuánta voluntad de acción consensuada existe?

Sabemos que la circularidad es un proceso dirigido desde un centro que parece no tener fin porque acaba en el punto en que empieza y, en tanto que dirigido desde un centro, es necesaria la existencia de un lugar a partir del cual se genere equidistantemente dicho espacio económico circular. Luego, surgen nuevas cuestiones: ¿dónde se sitúa dicho centro?, ¿quiénes o qué lo integra?. Y ¿se puede realmente crear equidistancia entre todas las áreas implicadas en el círculo?, entendiendo, en el contexto de reflexión, equidistancia como equilibrio armónico entre las partes, de forma que todas dialogan generando una economía verde más allá de beneficios particulares, de clase institucional, empresarial o financiera.

Por otro lado, los 17 objetivos de desarrollo sostenible definidos por la ONU para la década de 2020 a 2030 buscan hacer frente a la creciente pobreza, además de empoderar a las mujeres y las niñas, y afrontar la emergencia climática. Pero si bien es cierto, tal como dijo Stephen Hawking, que el tiempo es valioso y urge atender nuestros modelos de desarrollo, parece muy ambicioso lograr dichos objetivos en tan solo una

década teniendo en cuenta que el primero es el fin de la pobreza y hay más de 700 millones de personas viviendo en la actualidad con dificultades para satisfacer las necesidades más básicas, como el acceso a agua y saneamiento, la salud y la educación. Y que nos falta como humanidad pasar del actual nivel o estadio de conciencia de sabernos seres que sabemos a saber que también estamos relacionados entre todos, con todo y el Todo; pues solo así se pueden aunar recursos, capacidades y empoderamientos que acaben de forma natural con la pobreza.

Si, además, hace aproximadamente 3,5 millones de años que empezamos a bajar de los árboles, unos 2 millones que somos Homo Erectus, entre 500.000 o 700.000 años Homo Sapiens y unos 195.000 Homo Sapiens Sapiens: ¿cuánto nos falta para el nuevo nivel de conciencia?, que a su vez supondrá vivir en continua o como mínimo mayor conciencia, y quizá ya no importe la acumulación de riquezas, ni el control y dominación de su gestión, sino la cualidad de las relaciones y el reconocimiento

hondo y amplio de los que recibimos lo que dan y de los que reciben lo que damos; y que la economía se articule desde, en y hacia esa irradiación del espíritu de recibírnos y darnos sin apropiaciones, del continuo nacernos y morirnos en nuestra existencia.

Y, si es ahí hacia dónde vamos, con la constancia de la quietud siempre en movimiento de la Vida, entonces la integración de los pequeños logros comunitarios de desarrollo sostenible —resultado de trabajos como expresión creativa de aptitudes con sentido de utilidad hacia los demás y de reverberar más allá de lo tangible, siendo estos los *oïkos* a gestionar— ayudará a caminar hacia una economía que no fisurará las relaciones entre nosotros, ni con la naturaleza y lo que nos trasciende, pues sus centros, sin prisa, pero sin pausa, y con el saber acumulado, irán centrándose en lo que une a los dos y traspasa las dimensiones del tiempo y el espacio: el amor; esa verdad, belleza y bondad creadora de dar y recibir que los gemidos de la naturaleza, entre ellos la covid 19, se encargan de recordarnos: es lo que Es. ▀



El sistema económico actual no puede integrar los cambios que derivan de la revolución tecnológica. No está claro que lo logre la economía circular que propone la UE

Una economía sin vínculos

Por *Enrique Javier Benítez*

En los años 80, en las Facultades de Ciencias Económicas, se estudiaban los paradigmas de la organización de las empresas. Y se hablaba de la sustitución del fordismo, un modelo basado en las cadenas de producción, por el toyotismo, el ejemplo del éxito japonés basado en la flexibilidad. Nuevas formas de fabricación permitían la introducción de nuevos modelos, de novedades, en vez de ofrecer al mercado lo mismo de siempre. La técnica japonesa triunfaba de la mano de la variedad, en un mundo que ya no demandaba sólo productos de masas, sino que empezaba a valorar los bienes más personalizados, más distinguidos.

Junto a esta fórmula de éxito, otro gran hallazgo de la escuela industrial japonesa fue la denominada organización “*just in time*”. Para reducir los costes de aprovisionamiento, una previsión exacta de las piezas que se iban a necesitar reducía sensiblemente las necesidades de acopio de materiales para el proceso de producción. Esta sencilla fórmula lo que hacía era trasladar el riesgo desde las grandes corporaciones a sus proveedores, que debían producir al dictado de las necesidades de sus poderosos clientes, y asumir la construcción de almacenes y naves, y también su mantenimiento.

La flexibilidad para ofrecer distintos modelos de un mismo producto a un público ávido de diferenciación, y



La nueva economía, desregulada, no precisa trabajadores sino consumidores. El metaverso invita a gastar en una vida de mentira el dinero de verdad

la capacidad de gestionar los procesos productivos sin dedicar dinero a guardar y almacenar las piezas necesarias, son los pilares de la economía contemporánea. Los avances tecnológicos tan solo han exacerbado la tendencia que se inventó para multiplicar los rendimientos de la economía industrial. Y al aplicarse en los servicios, han contribuido a despersonalizar la economía. Contar con los trabajadores solo cuando se les necesita, cortar los viejos lazos laborales con la plantilla para no ofrecer más que unos vínculos líquidos entre los contratantes y sus empleados, es un paso más en la evolución natural de un modelo de eficiencia que comenzó aplicándose a los tornillos, las baterías, las ruedas y los parabrisas, y que hoy se aplica a las personas. Solo cobrarás por las horas efectivamente trabajadas, porque solo se necesitan trabajadores *just in time*, útiles para prestar sus servicios exactamente en el momento oportuno.

De esta manera, del viejo fordismo se pasó al toyotismo, y de ahí a la deshumanización de las relaciones económicas, convertido el ser humano en un factor más de producción, indistinguible de un componente de un coche. No se trata más que de costes, aunque los componentes de vehículos, o de cualquier otro bien manufacturado, no tengan una familia que mantener, o una hipoteca que pagar. En la nueva lógica económica, el tratamiento es el mismo. El empleo, con sus viejas connotaciones románticas, es algo que ya no tiene sentido.

En la jerga de los despachos que trabajan para las grandes empresas,



Enrique Benítez Palma (Málaga, 1968) es economista especializado en Metodología Estadística por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), entre otros estudios. En la actualidad trabaja en la Agencia IDEA como responsable del Observatorio OdiselA para la Ética de la Inteligencia Artificial. ▀

ya no se habla de despido. Esta palabra, que deja mal sabor de boca, que remite al final de una larga relación, a lazos de amistad, incluso de cariño, ha dado paso a un término mucho más aséptico: desvinculación. Lo que había entre las empresas y sus trabajadores, ese contrato de larga duración, esa trayectoria de toda una vida, ahora es un simple vínculo, liviano, casi inexistente. La modernidad líquida de los lazos afectivos que señalaba Bauman alcanzó también al contrato social, diluido en una lógica empresarial de búsqueda incansable de beneficios a cualquier precio. Incluso al de acabar con el contrato social, y agitar los cimientos de la convivencia democrática.

La nueva economía es, por lo tanto, una economía de conexiones, y no de relaciones formales. Circuló con éxito una viñeta que señalaba que Facebook era el mayor proveedor de contenidos, sin tener plantilla de periodistas o creadores, y que Airbnb ofrecía más plazas de alojamiento que nadie, sin tener hoteles. La sociedad aplaudía. Lo que parecía beneficioso desde la perspectiva de los consumidores —entretenimiento gratuito, viajes baratos— era brutalmente dañino desde una perspectiva ciudadana. La destrucción de los lazos, la traslación del riesgo hacia los actores más pequeños. Y, como último paso hacia el abismo, el surgimiento de la llamada economía de los creadores, en la que un puñado de *influencers* millonarios hacen creer a millones de personas que sí se puede vivir del talento individual, en un mercado ilimitado donde impera la meritocracia y el éxito está al alcance de la mano.

Las nuevas grandes corporaciones, redes sociales y gigantes de la economía de la información, no nos

necesitan para producir: tan solo para consumir. Se inventan definiciones azucaradas, atractivas, como la del ciudadano *maker*, el ciudadano que además produce y obtiene un valor de sus creaciones: de sus fotos, de sus vídeos, de sus ocurrencias, de sus ridículos. Alguien cuelga lo que ha producido y recibe una pequeña recompensa a cambio, mientras que los intermediarios se hacen millonarios con los datos, la publicidad y todo ese entramado invisible y descontrolado que acompaña a la economía digital.

La nueva economía, desregulada y campante, es digital, invisible. Ya no hay riesgo, porque se traslada a los falsos autónomos. Ya no hay producción, porque hay millones de personas que lo hacen gratis a cambio de unos *likes*, de un reconocimiento, de una fama aún más efímera que la que pronosticaba Warhol. Ya no se necesitan trabajadores sino consumidores. Y la última vuelta de tuerca es el Metaverso: ese espacio virtual en el que olvidarnos de la infame vida real, para gastar en una vida de mentira el dinero de verdad.

¿Qué pasará cuando la desigualdad estalle, cuando se caiga el decorado? ¿Es sostenible esa sociedad de la explotación que describe Byung-Chul Han? La economía es siempre previsora y ya tiene su solución preparada: Shoshana Zuboff ha escrito un gran tratado sobre el capitalismo de vigilancia (*surveillance capitalism*), ese panóptico que nos entretiene y controla al mismo tiempo, que lo sabe todo de nosotros. También nuestra cómoda debilidad, rebeldes sin causa, atados a una pantalla de la que ni siquiera queremos escapar. Ya lo anticipó Neil Postman: es tiempo de divertirse hasta morir. ▀

